

Guillermo O'Donnell

Contrapuntos

Ensayos escogidos sobre
autoritarismo y democratización



 Paidós
Buenos Aires-Barcelona-México

Capítulo 4

Democracia en la Argentina. Micro y macro

Advertencia

Éste es un ensayo acerca del cotidiano en Buenos Aires durante los años más represivos del régimen que hoy se derrumba. En las páginas siguientes no oculto su carácter subjetivo y testimonial, a la vez que tampoco renuncio —cientista social al fin— a sugerir algunas relaciones que me parecen importantes, tanto en la práctica como en la teoría. En uno como en otro aspecto no ignoro, ni pretendo atenuar, polémicas discrepancias.

Esto no se debe sólo a las características del tema. También surge —como objeto de reflexión que aquí sólo puedo dejar esbozado— de la particular problematicidad del conocimiento de lo social en un régimen decidido a suprimir, de manera brutal y sistemática, buena parte de la información disponible, u obtenible, en condiciones de razonable libertad. Entre muchas otras consecuencias, en mi experiencia al menos, tales circunstancias plantean cruciales preguntas acerca de los modos y la posible validez de los intentos de descubrir situaciones y procesos para los cuales los métodos habituales de investigación no pudieron ponerse en práctica. Asimismo, situaciones límite como las vividas durante esos años muestran a cualquier estudio razonablemente atento y autocrítico, si no la inutilidad, la insuficiencia de los conceptos con que uno se maneja en forma corriente en las ciencias sociales —incluso, por cierto, los relacionados con la problemática del autoritarismo—. Por lo menos, en situaciones extremas como las vividas hasta ahora en la Argentina, en parte por la imposibilidad de acceder a más datos agregados pero, también, obedeciendo a una auténtica necesidad intelectual, no sólo a mí se

me ha ocurrido prestar mucho más atención a los contextos "micro" de la vida social —las texturas celulares del cotidiano— para, desde ellos, intentar trazar sus relaciones con los grandes escenarios de la política y el estado. El presente ensayo es un primer esbozo en esa ardua pero —a mi entender— indispensable dirección.

Otra consecuencia es que, al tratar de trabajar en tales circunstancias uno no puede sino hacer, y hacerse a sí mismo, mucho más explícitos los valores sobre la base de los cuales, y por los cuales, aún parece reivindicable (aunque por un tiempo sólo pueda serlo en los pequeños círculos que de algún modo sobreviven a la represión) la legitimidad de una práctica intelectual como ésta.

En los días de celebración del derrumbe de ese régimen maldito, tal vez no esté de más —también— compartir preguntas acerca de las marcas, no todas ellas perceptibles, que han dejado aquellos años, y las consecuencias que ellas pueden tener para la consolidación de la democracia en la Argentina. Con esa intención publico estas páginas.

I

En estas notas discuto algunos aspectos de la vida cotidiana de la Argentina entre 1976 y 1980. Como ya señalé, debido a la represión imperante para quienes vivimos en esa Argentina era imposible reconstruir la situación global de manera fidedigna. Las encuestas que supongo que se tomaron fueron y siguen siendo, como tanta otra cosa, secreto de estado; por eso no puedo aducir datos suficientes como para corroborar mis impresiones,¹

1. Los que estábamos realmente en contra de lo que ocurría (por "realmente" quiero decir incondicional y globalmente, no sólo descontentos por tal o cual aspecto de ese régimen) adoptamos curiosas maneras de, primero, sobrevivir y, segundo, no volvernos —creo que literalmente— locos frente al extremado aislamiento a que uno se autocondenaba con tal oposición: una de esas formas fue hacer una protoinvestigación sobre diversos aspectos del cotidiano en Buenos Aires. Digo una "proto" investigación porque realizamos entrevistas con personas de diversos sectores y actividades sociales que en esas circunstancias sentimos que podíamos entrevistar, sin pretensión de "representatividad" de esa muestra —en realidad, entrevistamos a quienes no nos asustaba demasiado entrevistar—. Hicimos además otras cosas: nos asomamos, "con debida discreción", a diversas instituciones educativas y organizaciones profesionales; leímos (y, como del masoquismo, nos impusimos ver y escuchar por televisión) los discursos y gestos de los personajes del régimen, y la autovisión de éste en su propaganda. También condenados a una microfénomenología del cotidiano, simplemente miramos, con la lupa de nuestra preocupación por encontrar allí ciertos impactos de los horrores y terrores del régimen, la calle y diversas actividades profesionales. De esta masa de información salió algo así como una etnografía de las consecuencias, muchas veces inconscientes para los propios actores, de vivir bajo un régimen excepcionalmente represivo. Esta excepcionalidad no derivó sólo de la violencia física ejercida

creo que vale la pena discutir algunos temas que pueden tener sutiles, pero quizás importantes, consecuencias para el futuro.

Algunas características del período inaugurado en marzo de 1976 ya las he analizado.² Una, su desmesurada represividad, no sólo por la cantidad de horrores que infligió sino también por su carácter terrorista y clandestino. Otra, el sentido político, y de venganza histórica, contra la Argentina "plebeyo-populista e inmigrante" de las últimas décadas que tuvo la política económica y social de ese período.² Estas características son cruciales de lo que se hizo y se intentó desde ese régimen. Hay, por lo menos, una tercera particularidad que me parece no menos importante. Pero, tal vez porque transcurrió en planos menos espectaculares que los anteriores, ha merecido menos atención. Se trata del sistemático, continuado y profundo intento de penetrar capilarmente en la sociedad para, con su larga mano, implantar el orden y la autoridad; ambos calcados de la visión radicalmente autoritaria, vertical y paternalista con que el propio gobierno —y el régimen que se intentó imponer en sus momentos más triunfales— se concebía a sí mismo. Este intento, así como la particular destructividad de la política económica, es lo que acerca a la Argentina al Chile y el Uruguay contemporáneos, y lo que distingue nuestro pasado cercano de autoritarismos más mitigados, como el de Brasil post-'64 e incluso la Argentina 1966-1972.

La perversa combinación entre lo que ocurrió antes de marzo de 1976 y la furiosa paranoia de los entonces ganadores, llevó al diagnóstico de que todo el "cuerpo social", aun en sus "tejidos" más microscópicos, se "infectó" por la subversión (sospecho que pocas veces en la historia la extrema derecha ha machacado tanto como durante esos años con sus típicas metáforas organicistas). El "caos", la "subversión" y la "disolución de la autoridad" no sólo ocurrieron en los grandes escenarios de la política y en las acciones de las organizaciones guerrilleras; esa enfermedad también existía, y desde allí

por ese régimen, sino también del propósito de modificar radicalmente, en dirección convergente con sus propios patrones, las relaciones de autoridad en la sociedad.

* Conviene remitir al lector a los capítulos 2 y 3 del presente libro [N. del E.].

2. Entre los trabajos publicados sobre el tema me parece particularmente iluminante el de Jorge Schwarzer, *Martínez de Hoz: la lógica política de la política económica*. Buenos Aires, Ensayos y Tesis CISEA, 1982. Un intento temprano de discutir estos temas lo hicimos con Roberto Frenkel en "Los programas de estabilización convenidos con el FMI y sus impactos internos", Buenos Aires, Estudios CEDES, 1978; algunas de esas discusiones las retomé en "Las fuerzas armadas y el estado autoritario del Cono Sur de América latina", en Norbert Lechner (comp.), *Estado y política en América latina*, México, Siglo XXI, 1981. (Este texto se incluye en el capítulo 3 del presente libro [N. del E.].)

había alimentado aquellos "síntomas" más visibles, tal vez, en cada rincón de la sociedad. De ese diagnóstico nació un *pathos* microscópico, apuntado a penetrar capilarmente la sociedad para "reorganizarla" en forma tal que quedara garantizada, para siempre, una meta central: que nunca más se subvertiría la autoridad de aquellos que, a imagen y semejanza de los grandes mandones del régimen, tenían en cada microcontexto, el derecho y la obligación de mandar. Si desde el aparato estatal se nos despojó de nuestra condición de ciudadanos y se nos quiso reducir, por los mecanismos del mercado, a la condición de obedientes y despolitizadas hormigas, en los contextos del cotidiano —el de las relaciones sociales y los patrones de autoridad que tejen la vida diaria— se intentó llevar a cabo una similar obra de sometimiento e infantilización: los que tenían "derecho a mandar", lo efectivizaban despóticamente en la escuela, el lugar de trabajo, la familia y la calle; los que tenían el "deber de obedecer" lo hacían mansa y calladamente, uniformados en la aceptación de que aun el mando más despótico estaba hecho, igual que el del estado, para bien de los que así obedecían; porque si no era así, no se podría separar el trigo de los mansas de la cizaña de los subversivos; y porque, además, había quedado fehacientemente demostrado que la insolencia de los "inferiores" sólo llevaba al caos. Esta visión de la autoridad no podía ser más vertical, autoritaria y negadora de la autonomía de los que pretendió someter ni, a pesar del tono paternalista con que revestía sus argumentos, podía ocultar la inmensa violencia —no sólo física— en que se sustentaba. Así casi perdimos el derecho de caminar por la calle si no vestíamos el uniforme civil —pelo corto, saco, corbata, colores apagados— que los mandones —militares y civiles— consideraban adecuado. Pasó a ser altamente aconsejable no ser diferente ni dar opiniones poco convencionales aun sobre los temas aparentemente más triviales. En las instituciones educativas se debía aprender pasivamente; era anatema preguntar, dudar y hasta reunirse. También en muchos lugares de trabajo (no sólo en las fábricas), entre esa coacción y la del creciente desempleo, se persiguió todo lo que no fuera, igual que en los otros contextos, la obediencia del sometido. Incluso en la familia: en parte porque ese *pathos* autoritario encontró ecos importantes, en parte porque muchos padres sintieron que "retomando el mando" podrían garantizar la despolitización de sus hijos y los salvarían del destino de tantos otros jóvenes. Nuestras conversaciones con psicoanalistas y psicólogos sugieren que se acentuaron fuertemente los rasgos más represivos e infantilizantes de muchas familias (modelo patriarcal sobre el cual, por otra parte, machacaron la propaganda oficial y la comercial).³ No vale la pena ni

3. Nos llamó la atención la frecuencia con que ambas publicaciones reproducían una escena típica, que tal vez destile mejor que ninguna otra la autoimagen preferida de ese despotismo. Esto es, un hombre "perfectamente vestido" según los cánones que se impusieron en la

siquiera mencionar lo que se hizo con todo lo que sonaba a "hippie", a droga (la marihuana, esa terrible arma de la subversión contra la civilización occidental y cristiana) y a "perversiones sexuales".⁴

II

No quiero hacer aquí un inventario particularmente aterrador. El punto al que quería llegar es que todo indica que en esos intentos, el gobierno logró considerable éxito. Éste no sólo consistió en que muchos nos sometimos, callamos, disfrazamos y disimulamos frente a esa enorme presión para que pareciéramos infantes obedientes, uniformados y dispuestos a dejar a los que "sabían" (en la economía y en la administración terrorista de la violencia y también en la calle y en tantos microcontextos) ocuparse de lo que, a la larga, iba a ser el bien de todos —y que tenía que comenzar por colocar todo "en su lugar", desde la mujer en la casa y los ex ciudadanos trabajando en la calle, hasta militares y cadavéricos oligarcas mandando—. El problema —y a esto apunta mi argumento— fue que la presión para aceptar tamaña infantilización fuera tan enorme. Pero no bastaba, no hubiera bastado jamás, con los militares o los funcionarios de ese gobierno; ni con su fenomenal *pathos* autoritario para llegar a controlar tan capilar, prolija y detalladamente tantos comportamientos. Para que eso ocurriera hubo una sociedad que se patrulló a sí misma: más precisamente, muchas personas —no sé cuántas, pero con seguridad no fueron pocas— que, sin necesidad

época, volviendo a su casa después del trabajo, cansado, pero feliz, recibido con ternura por su esposa, no menos feliz de haberse quedado en casa, limpiando, atendiendo a los niños y cocinando. Otro personaje de esa escena es algún anciano/a, abuelito/a, muy bueno y reverenciado, portador de la imagen de un pasado más antiguo que el reciente, y en el cual esa deliciosa familia entronca su sentido de continuidad. Y, hacia abajo, absolutamente ningún joven —imagen subversiva eliminada con cuidado—. Sólo niños de corta edad, sonrientes, limpiísimos y, por supuesto, totalmente obedientes.

Suponiendo que la reiteración de esa imagen prototípica en la publicidad comercial tenía que obedecer a instrucciones del gobierno, entrevistamos a algunos publicitarios. A través de ellos, aparte de las prohibiciones "moralizantes" impuestas a la televisión —que no obligaban a restringirse a aquella imagen— nos enteramos con profunda sorpresa, y aún más profunda preocupación, que las propias empresas pedían esa escena social y psicológicamente regresiva; según ellas, asistidas por sus investigaciones de mercado, era la situación que más ayudaba a vender sus productos. Con ironía, la publicidad que más frecuentemente rompía ese esquema —y hasta mostraba jóvenes— era la de algunas filiales de empresas multinacionales, que reproducían los paquetes publicitarios importados de sus matrices.

4. Sobre este punto véase Néstor Perlongher, "La represión a los homosexuales en la Argentina", San Pablo, mimeografiado, 1982. Este trabajo es notable no sólo por los horrores que muestra el autor que se cometieron en esta materia a partir de 1976, sino también porque sugiere continuidades de una fenomenal intolerancia antes de esa fecha.

"oficial" alguna, sólo porque querían, porque les parecía bien, porque aceptaban la propuesta de ese orden que el régimen -victoriosamente- les proponía como única alternativa a la perpetua evocación de la imagen del "caos" pre-1976, se ocuparon activa y celosamente de ejercer su propio *pathos* autoritario. Fueron *kapos*⁵ a los que, asumiendo los valores de su (negado) agresor, muchas veces los vimos yendo más allá de lo que el régimen les demandaba.

No es fácil ni simpático hacer este planteo, pero me parece que la cuestión de la democracia -en la Argentina, como en todo caso en el que se han cometido atrocidades semejantes- también pasa por el doloroso momento de reconocer que no hubo sólo un gobierno brutalmente despótico, sino también una sociedad que durante esos años fue mucho más autoritaria y represiva que nunca -y que no fueron pocos los que determinaron que así sucediera-. Igual que con los muertos y los desaparecidos, estos microhombres sólo pueden ser ignorados pagando el precio -individual y colectivo- de toda negación: no poder mirarnos en el espejo de lo que somos y de ese modo fugarnos de la posibilidad, dolorosa pero creativa, de reformular identidades y valores que eviten la repetición de nuestros lados más destructivos.

Tal vez sea exageración. Tal vez me haya callado demasiadas veces y tal vez haya odiado demasiado el sadismo de los *kapos* con que tropezamos cada día, porque así era el cotidiano durante esos años. Quizá sea exageración, pero sería aún más exagerado -y mucho peor- que, al proyectar todo hacia ese régimen maldito, nos excusáramos de mirar y tratar de entender lo que sucedió en la sociedad argentina. Durante esos años se me presentaba con recurrencia una metáfora que creo que sigue siendo válida: la implantación de aquel despiadado autoritarismo en la política soltaba los lobos en la sociedad; no era sólo lo que el gobierno expresamente incitaba sino también -más sutil y poderosamente- el "permiso" que daba para que muchos ejercieran sus minidespotismos frente a trabajadores, estudiantes y toda otra clase de "subordinados" -desde transeúntes hasta hijos, para no hablar de aquello que más tarde, con una lógica terrible, se mostró que podía hacerse con soldados-. Los que no quisimos -o no pudimos- ejercer ese tipo de poder, aprendimos por la elocuencia brutal de la inversión, lo que significaba la ausencia de un contexto general razonablemente democrático: quedar a merced de los lobos porque no teníamos ningún derecho, y si alguno en teoría nos quedaba, no teníamos ante quién recurrir para hacerlo

5. *Kapos* fueron, en los campos de concentración nazis, prisioneros que, en plena identificación con el agresor, eran encargados de diversos aspectos de la "disciplina" del campo. Los estudios y las memorias de sobrevivientes insisten en que aquéllos fueron muchas veces aun más crueles que los SS.

valer. A partir de eso, y del *pathos* mandón y omnipotente que exudaba el régimen, nuestra sociedad, puntuada por *kapos* en sus contextos y por el patrullaje de comportamientos que muchos "voluntarios" hicieron en los lugares públicos, se sometió al despotismo estatal. Algunos lo asumieron como propio y otros lo sufrieron en rabioso silencio. Jamás sabremos cuántos fueron unos y otros, pero con seguridad no fueron pocos, ni unos ni otros.

III

Ahora que, por fin, ese régimen ha entrado en vertiginoso colapso, que tantas voces vuelven a oírse, y que se recomienza a ejercer la libertad de ser diferente, es importante reconocer el nada desdeñable éxito que el régimen logró en este plano -y, me temo, el grado tampoco desdeñable en que esos éxitos no fueron revertidos. No es sólo que tantos *kapos*, esos microdespotas, continúan en su lugar. Tampoco es que muchos rehusaron saber lo que estaba pasando con la represión, o que la atribuyeron a malévolos rumores, o que -cuando no había posibilidad de negar ciertos horrores- culparon a las víctimas. Esa terrible condena de "Algo habrán hecho", que tantas veces se dijo durante esos años, ecos, todos éstos, de cosas que uno se permite creer, hasta que llega a confrontarlas y que sólo ocurren en otras partes del mundo. Tampoco se trata de que bastantes de aquellos *kapos* y esos negadores, con la apasionada sinceridad de quien necesita en el inconsciente no haber tenido nada que ver con lo que ya nadie puede defender, hoy sumen su furia contra el régimen por el desastre económico, por las Malvinas y por la corrupción de los militares, como si sólo eso hubiera ocurrido.

Además se trata, y para nuestro futuro creo que es mucho más fundamental, de la persistencia de patrones con extremado autoritarismo en nuestros microcontextos, de la actitud mandona y omnipotente que en muchos de ellos se conserva, de la fuerte intolerancia subsistente respecto de la vestimenta, la sexualidad y los gustos de otros, y hasta de la negación del derecho de preguntar, exigiendo una razonable fundamentación, al aplicar el sentido de las órdenes del "superior".

Lo dicho hasta ahora genera dos preguntas importantes, que sólo quedarán planteadas. La primera se refiere al porqué del significativo éxito logrado en hacer tanto más autoritaria nuestra sociedad. Sobre esto -como en su momento lo fueron similares preguntas respecto de la desfascistización

* Para una discusión de las relaciones entre esta reacción y fenómenos tales como los "ciclos de repolitización", los "efectos de rebote" y, más indirectamente, la "resurrección de la sociedad civil", véase el capítulo siguiente del presente libro [N. del E.].

en Europa— nos cabe la responsabilidad de no lanzarnos a respuestas fáciles; la respuesta más obvia y más escapista sería proyectar toda la responsabilidad hacia los gobernantes de los últimos años (lo cual no implica dejar de atribuirles la inmensa responsabilidad que también en este plano les cabe). Por otro lado, por unos cuantos años la victoria ideológica de ese régimen fue encerrar a muchos en la disyuntiva de aceptar el "orden" que él ofrecía o regresar al "caos" anterior al golpe de 1976.⁶ En la medida en que así fue, en un contexto en que además se habían suprimido todos los mecanismos de formulación y reconocimiento de identidades políticas alternativas, quedó desarticulada en muchos la posibilidad de oponerse, y de reconocer en otros su común oposición, a la lógica autoritaria con que desde el aparato estatal se intentaba penetrar y "reorganizar" la sociedad. Quizá no quepa duda de que, luego de los años de gran movilización e hiperpolitización de la primera mitad de la década del setenta, muchos estaban predisuestos a lo que la represión y la propaganda post-1976 buscó: un fuerte viraje hacia la privatización de las vidas, una generalizada aspiración a la reducción de incertidumbre en la vida diaria (para lo cual, por supuesto, quedó claro que había que marcar el paso según lo querían los gobernantes) y, también, la sensación de que durante los años precedentes al golpe los patrones de autoridad —no sólo en la política sino también en innumerables

6. Varios de nuestros entrevistados mostraron el "gancho" subjetivo en el cual el discurso estatal se apoyó para imponer, durante varios años, ese falso pero eficiente dilema. Ellos escogieron con espontaneidad los años inmediatamente precedentes a 1976 como el período que los invitábamos a establecer para compararlo con sus sensaciones de cómo vivían y cómo estaban las cosas en nuestro país en 1979. La elección de aquel período fue hecha, en la mayoría de los casos, como recuerdo de lo que esas personas consideraban que había sido una época de caos, violencia e incertidumbre insoportables, contra los cuales cualquier alternativa de orden les parecía preferible. Esto no impedía que muchos de esos entrevistados estuvieran descontentos con diversos aspectos de la política gubernamental (la gran mayoría de esas críticas estaban referidas a la política económica; las referencias a la represión, la censura y similares fueron bastante más escasas). Pero esos descontentos, en la medida en que la visión de los sujetos continuaba atrapada en aquel dilema "caos-orden" (o sea, en la medida en que desde el régimen se logró suprimir alternativas que rompieran aquella disyuntiva con una propuesta de orden sujeta a otra lógica política y valorativa), no llegaban a modificar la extremada privatización de la vida en que encontramos a esos entrevistados. Esto llegaba con frecuencia al punto de declararnos que, hasta que nuestra entrevista los forzó a hacerlo, hacía mucho tiempo que no pensaban o se preocupaban por cuestiones públicas o "políticas". Por cierto, tal aprisionamiento de la visión general (correspondiente a la descuidadización operada en todos los planos) sonaba ya entonces precario y, en efecto, todo indica que, como tantas otras cosas de ese período, comenzó a explotarse con la transición presidencial de Videla a Viola en 1981 y acabó de hacerlo con las Malvinas. Mucho me sorprendería si, para esos entrevistados, el referente negativo organizador de su visión del presente no fuera hoy el período posterior a marzo de 1976, no ya el anterior. (Para una profundización de los ciclos de politización y privatización en la Argentina reciente, véase el siguiente capítulo del presente libro [N. del E.]

microcontextos— habían llegado a un punto de intolerancia personal y suicida anarquización en lo social. De estas predisposiciones hay numerosas señales en lo que se dijo, en lo que se calló y se decidió ignorar, a partir de 1976.

La pregunta, entonces, acerca de por qué en algunos sectores y contextos de la sociedad el régimen tuvo éxitos importantes en su vocación autoritaria, podría responderse al desplazar buena parte del peso de la explicación a esos violentos y, en muchos sentidos, realmente locos y caóticos años que precedieron al golpe de marzo de 1976. Mi impresión es que esos años hicieron, en efecto, una importante contribución a lo que pasó después, incluso en este plano micro, socialmente intersticial, que estoy discutiendo. Esa contribución no fue sólo, tal vez, la brutal violencia reaccionaria que engendró. También pesaron —más sutilmente, pero con profundas consecuencias— para que más allá del miedo que provocaba con su represión, aquel régimen hiciera lo que hizo con tan poca oposición durante unos cinco años. Parece haber operado, después de un período vivido como la suma del caos, la violencia y la incertidumbre, la tendencia psicológica y políticamente regresiva de aspirar a la emergencia de un poder supremo que garantice cierto orden. Esta tendencia, que Hobbes y algunos analistas del fascismo entendieron bien, sugiere varios costos, de los menos visibles —pero no menos graves— que un período como el anterior a 1976 pudo generar.

Con lo dicho hasta aquí la cuestión podría quedar centrada en discusiones acerca de si es al pre- o al post-1976 que se debe atribuir el peso principal en la explicación del problema que aquí planteo. No creo que tal discusión tenga mayor sentido (aunque es fácil imaginar que el énfasis sobre uno u otro período estaría muy influido por las posiciones políticas de cada uno), no sólo por la —obvia— razón de que no sabemos cómo adjudicar pesos relativos a fenómenos tan complejos, sino también porque la cuestión está planteada de manera insuficiente. Así, afirmar que lo que parece haber avanzado el autoritarismo en la sociedad argentina estos últimos años fue directa consecuencia del régimen post-1976, y que la ocasión y las predisposiciones para ello fueron en buena parte sembradas en los años inmediatamente precedentes, aunque verdadero, me parece escaso.

Sin pretender una regresión infinita, lo recién dicho plantea por qué los argentinos llegamos a infligirnos los daños y los tremendos costos de mediano plazo de esos años pre-1976, que nuestros entrevistados recordaban como tan intolerables. Existen estudios que permiten entender parte de esa cuestión, desde el ángulo de lo que hicieron y dejaron de hacer los actores de la política y ciertos grandes agregados sociales. Pero, insistiendo en el nivel en que estoy colocado en este ensayo, falta plantear otro tema. Esto es, el grado en que las concepciones y los patrones de autoridad de los contextos del cotidiano fueron influidos e influyeron en una ya larga historia que, en

términos de dichos actores políticos y grandes agregados sociales, es la de un reiterado fracaso en lograr formas más democráticas y más humanas de articulación de la vida de la sociedad.

IV

Está lejos de las posibilidades de este ensayo (y de su autor) intentar respuesta a dicho interrogante. Pero aunque no sepamos cómo responderlo me parece que no podemos dejar de plantearlo. Tal vez sea la pista para reconocer viejas tendencias poco democráticas en nuestra sociedad, que nos permitirían entender lo ocurrido en el pasado inmediato como la acentuación (brutal, es cierto) de esas mismas tendencias, y no como novedad causada desde un plano unilateral desde el nivel macro por el pre- y/o el post-1976. Aun si reconocemos nuestra ignorancia sobre los diversos niveles y temporalidades implicados por una visión histórica más larga e interactiva, las consecuencias de plantear o no esta cuestión no me parecen triviales. Por un lado si es cierto que en los últimos años parecen haberse extendido, y muy probablemente profundizado, numerosos microdespotismos en los más variados contextos sociales, y si las principales causas de ello pueden hallarse en la política y en el estado de los años inmediatamente precedentes o posteriores al golpe de 1976, entonces el problema de la democracia en la Argentina puede ser resuelto desde una política y un estado democratizados. En tal supuesto, las flechas causales irían desde lo macro a lo micro y, además, sólo abarcarían un estrecho período de tiempo. Desafortunadamente el problema, como acabo de insinuar, me parece bastante más complicado y de largo alcance.

No pretendo negar la crucial importancia de la "gran política" —aquella que se hace en los grandes escenarios de la vida nacional— por parte de actores, "políticos" o no, organizados para ello. Pero creo que la interpretación recién delineada implicaría caer en un peligroso politicismo. Con esto quiero decir que, por un lado, se cargaría demasiado a la cuenta de lo que la democratización de la política y el estado pueden en realidad hacer y que por el otro, se negaría la posibilidad —práctica y teórica— de explorar la mutua realimentación que la difusión de valores y prácticas democráticas en ambos niveles, macro y micro, podría generar. Desde los más antiguos clásicos hasta hoy, se podría llenar una biblioteca con textos relevantes para la problemática de las relaciones entre diversos planos de acción social. A pesar de que tras ese esfuerzo es seguro que concluiríamos que no es mucho lo que podemos decir con razonable certidumbre; algunas proposiciones de interés para nuestro tema parecen arriesgadas. Una es que esas relaciones micro-macro no son tan directas ni tan lineales como para que un grado signifi-

ficativo (que por otra parte no sabemos cuál sería) de democratización de la sociedad sea condición necesaria o suficiente para la implantación de un régimen político democrático. Una segunda proposición es que, sin embargo, la práctica de la democracia, incluso al nivel estrictamente político, pasa por un largo aprendizaje entre actores envueltos en complejas interacciones, y esa práctica entraña una concepción de la ciudadanía en la que el individuo aparece como un sujeto portador de derechos que debe aprender a usar y hacer valer. Por lo tanto, tal aprendizaje (aunque sólo fuera —que no lo es— en vistas al reclutamiento del personal que habrá de jugar el juego de la política democrática) sólo puede darse en la cantidad e intensidad que se intuyen necesarias, si diversos —y numerosos— contextos del cotidiano, desde la niñez hasta la vida adulta, no sólo son congruentes sino que también refuerzan en forma positiva dichas prácticas. Un corolario de esta proposición sería que importantes avances en la democratización de la sociedad serían, si no condición suficiente, quizá condición necesaria de la consolidación y, aún más, la expansión en direcciones más participativas y socialmente justas de un régimen democrático.

Éste es, justamente, el punto que puede quedar bloqueado por la visión politicista e históricamente miope que ya delineé. Para decirlo con todas las letras, creo —primero— que el problema de la consolidación y expansión de la democracia en la Argentina pasa tanto por el estado y la política como por la sociedad, y —segundo— que los obstáculos existentes en este último plano, aunque acentuados en forma brutal en la década del setenta, sobre todo a partir de 1970, vienen de mucho antes. Agregó, en tercer lugar, que todo parece indicar que los infortunios de la vida política argentina se han realimentado con perversidad con las fuertes tendencias autoritarias existentes en la sociedad —incluso en la cultura— de nuestro país.

Por desgracia (o felizmente) no hay en este plano ningún nudo gordiano que pueda ser cortado de un tajo. Si el problema es real, sólo puede ser encarado con una larga perspectiva de tiempo. Ésta sólo puede derivar de un proyecto de democratización que sepa reconocer que es necesario llegar a un régimen de democracia política, pero que también sepa que las expectativas, los esfuerzos y las luchas volcados en ello no son suficientes para resolver ese viejo enigma de la democracia en la Argentina.

Si, a pesar de sus limitaciones metodológicas, hasta hace poco me apoyé en nuestra protoinvestigación para sustentar la verosimilitud de algunos argumentos, es claro que en el actual punto de mis razonamientos ya ni siquiera a eso puedo recurrir. Sólo, tal vez puedan servir algunos indicios que paso a esbozar. Creo que uno de los problemas ha sido que muchos argentinos (entre los que me incluyo) hemos cometido un error en el que los clásicos (incluyendo cabezas tan diferentes como Hobbes y Tocqueville) no incurrieron: no caer en la cuenta de que, como la nuestra (al menos hasta 1976),

una sociedad puede ser en comparación bastante igualitaria (desde el trato personal y entre clases hasta en la distribución del ingreso) y, a la vez, muy autoritaria. Desde que la derecha se quedó sin votos pero conservó el control de la tierra pampeana, de numerosos circuitos financieros y de un notable (tanto por su fuerza como por su extemporaneidad) prestigio cultural, nuestro país siguió un agitado camino de igualación social. Primero con el radicalismo y más tarde con el peronismo, ambos acompañados por mil procesos sociales concomitantes, la Argentina había llegado en la primera mitad de la década del setenta a un grado (comparativamente, al menos) notable de igualación social.⁷ Pero en la política, atrás de la sistemática deslealtad con que desde entonces la derecha jugó el juego democrático (y con que a veces apeló a la democracia por las razones más oportunistas), ninguna de las demás fuerzas políticas se salvó de sufrir —para decirlo con suavidad— agudos ataques de escepticismo respecto de la democracia política. Para no repetir temas conocidos, baste agregar que de allí surgió una sociedad política en particular débil, recurrentemente arrasada por la lógica corporativa de diversas fuerzas sociales y fácilmente “prescindible” cada vez que aquellas fuerzas (y la otra fuerza, la armada) concordaron en que así fuera, o cuando llegaron a una *impasse* bastante prolongada.

Como resultado, nuestro sistema político se acabó pareciendo mucho más —extraño invento— a un corporativismo anárquico que a otra cosa. Esos conflictos casi sin mediaciones propiamente políticas acabaron mostrando que quienes más perdían eran los más débiles en esta sociedad de clases que seguimos siendo. Y antes de 1976 pareció que cada vez más la principal mediación entre actores sociales y políticos consistía en violentas confrontaciones —que por su propia lógica tendían a que la violencia fuera remonopolizada, aunque de la peor manera y por las peores razones posibles, por la más armada de aquellas fuerzas—. Así se alcanzó el límite terrible de un (relativo) igualitarismo confrontacional poco controlado por visiones algo más convivenciales —que sólo podían derivar de aquello que ese juego hacía cada vez menos posible—; esto es, instancias generalizadoras de los intereses corporativos más crudos e institucionales que monopolizaban, y hacían tan

7. No fue accidental, por cierto, que desde 1976 rudos militares y elegantes economistas coincidieran en el propósito (que tuvo mucho que ver con los avances del autoritarismo en la sociedad) de poner, de una vez por todas, como alguien me dijo durante una memorable pelea familiar, “a todo el mundo en su lugar”. Es decir, los de “arriba” sabían todo lo que había que hacer y mandaban, los de “abajo” —desde niños hasta trabajadores—, abajo obedecían sin chistar, y los del medio, en su eterna esquizofrenia de mandar y obedecer, tenían claro a quién obedecer y a quién mandar, y —“modernización económica” mediante— deslumbrados con cuanto gadget se importaba y con la admiración del estilo de vida oligárquico —suntuoso y fariseo— que los medios de comunicación se esmeraban en transmitir.

primitiva, esta forma de hacer política.⁸ Pero lo que me interesa aquí es ver si puedo reconocer ecos de ese estilo en los planos micro sobre los que vengo insistiendo.

Para no dar vueltas alrededor de un tema ingrato, tengo la impresión de que, junto con el comparativamente notable igualitarismo en el trato personal y entre clases de nuestro país, y junto también con la aguda conciencia de los derechos que a cada uno corresponden como miembro de tal o cual clase o categoría ocupacional (elementos éstos que en otro contexto general serían muy positivos para establecer y profundizar una polis democrática), las relaciones sociales, los patrones de autoridad en diversos microcontextos y hasta los criterios de percepción y evaluación de ese-otro-que-no-es-como-uno hace ya tiempo que son muy autoritarios e intolerantes en la Argentina. El moralismo puritano e hipócrita de la derecha y, muchas veces, de la izquierda; la siempre renaciente visión maniquea y paranoide de nuestra historia y de sus fracasos; el racismo de algunos, no sólo en el antisemitismo sino también en el arrogante mito del país “blanco” y “europeo” frente a una América latina india y mulata; la fenomenal represividad de costumbres e identidades sexuales; la interacción (epitomizada en la siniestra figura de los “ceiadores” encargados de la “disciplina” en los colegios) entre una autoridad educacional represiva e infantilizante, por un lado, y rebeliones de rabia anómica, por el otro; la reproducción de un modelo duramente patriarcal de organización familiar... en fin, la repetición del gesto duro que pone por las dudas barreras a una actitud cooperativa y se respalda en la presunción de que sólo los tontos pueden pensar más allá de su persona, de su grupo o del segmento social al que pertenecen.

La —me parece— difundida y antigua presencia de estos y otros signos marca lo que tal vez sea la más cruel paradoja de nuestra historia y, a la vez, el más importante enigma para descifrar en este nuevo intento de construir una democracia en la Argentina: el curso seguido por un país que logró un alto grado de igualitarismo social pero fracasó repetidamente en encuadrar esos logros en prácticas y valores que establecieran planos de generalización de identidades e intereses sobre la base de los cuales se pudieran haber elaborado visiones razonablemente compatibles del orden social. Al contrario, cada fracaso parece haber producido un aprendizaje perverso —sectorializado y antagonístico— que a su vez fue haciendo cada vez más catastrófico el siguiente fracaso.

8. Sobre el tema, véanse los excelentes trabajos recientes de Marcelo Cavarozzi, esp. *Autoritarismo y Democracia en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

Luego de haberlo creído muchas veces, parece que esta vez en verdad hemos llegado al fondo del pozo que desde hace varias generaciones venimos cavando. Que allí no estaba la "bolivianización" sino la cara llena de cicatrices de esta Argentina tan destruida, tan violenta y tan marginada de la historia. Entraña la posibilidad de derivar, después de un período tan terrible, un aprendizaje que por primera vez –sutil pero inmensa novedad– sea congruente con una articulación societal –para llamarla con el nombre más contundente que se me ocurre– más civilizada.

El saldo de lo catastrófico incluye ese lado de esperanza que puede sentirse no sólo en el colapso del régimen y en la condena ahora casi unánime de los horrores cometidos, sino más aún en que nunca hubo en la Argentina tantas voces tan sinceras que proponen la conquista de la democracia que se nos ha escapado en tantos meandros de la historia. Pero para ello, para que ese camino se recorra dejando jalones que los eternos mandones no puedan arrancar, y para que con la consiguiente democratización del poder se pueda gobernar haciendo pagar esta vieja crisis a los que en demasía y desde hace demasiado tiempo se vienen aprovechando de ella, para todo eso conviene que nos miremos a nosotros mismos. Podemos fugarnos una vez más, colocando en "ellos" toda la responsabilidad de lo que ocurrió y de lo que ahora hay por hacer. Esto no sería difícil porque, en efecto, lo generalizado de la violencia pre-1976 tanto daño causó, y tanto preparó el terreno para lo que vendría poco después; porque, sin duda, nada podrá eximir jamás al régimen post-1976 y sus personeros de lo que hicieron, y también porque hoy es claro que corresponde a los políticos la responsabilidad principal de navegar los remolinos que aún faltan hasta la inauguración de un gobierno electo con democracia. Pero siendo todo esto cierto, insisto en mi argumento: desde hace tiempo somos, y últimamente más aún, una sociedad en exceso autoritaria, antagonística, intolerante, llena de minidespotismos y en particular propensa –como podría volver a ocurrir, si todo lo desplazamos hacia "ellos"– a explicaciones paranoides de nuestros infortunios. En el combate microscópico de esas tendencias, en la lucha tesonera de ciudadanos democráticos que lo son también en sus microcontextos y en la recontextualización del inmenso potencial igualitario y autoconsciente de la sociedad argentina –incluso y en especial de su sector popular– se juega, al igual que en otros planos más visibles, el inmenso desafío que hoy confrontamos.

Capítulo 5

Sobre las fructíferas convergencias de las obras de Hirschman, *Salida, voz y lealtad* y *Compromisos cambiantes*: reflexiones a partir de la experiencia argentina reciente

I

Las obras que Albert Hirschman ha dedicado al estudio de América latina han tenido gran impacto sobre los especialistas (y a menudo sobre los líderes políticos y sociales) de la región. La influencia de Hirschman sobre América latina, sin embargo, no procede sólo de esos escritos: sus publicaciones más generales o teóricas, incluso las escritas teniendo al mundo desarrollado como referente, han sido de extraordinario provecho para muchos latinoamericanistas de distintas disciplinas. En este trabajo usaré algunas de las ideas de *Salida, voz y lealtad* (SVL)¹ y *Compromisos cambiantes* (CC)² que encuentro valiosas para el estudio de los temas planteados por la agitada y violenta política de mi país. Transplantando esas ideas a un contexto altamente represivo y autoritario, espero mostrar que se puede acentuar su utilidad comparativa y teórica.

II

Los golpes que implantaron los BA en América del Sur durante las décadas del sesenta y setenta se produjeron después, y en gran medida como

1. Albert O. Hirschman, *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*, Cambridge, Harvard University Press, 1970.

2. Albert O. Hirschman, *Shifting Involvements: Private Interest and Public Action*, Princeton, Princeton University Press, 1979.